

Cántico Nuevo (1/2)

Dr. Justo L. González



Nueva York
26 de enero de 2007

Cántico Nuevo (1 de 2)

Intro: Mi escasa autoridad para hablarle a este grupo. SET.

Mi propósito: Estimular algún pensamiento sobre el tema, para luego seguir con una discusión.

Puesto que a veces los directores de música y de adoración se sienten un poco marginados, como si lo más importante del culto fuese el sermón, y el resto del culto fuese sólo los dos panes del sandwich, con el sermón de carne, conviene empezar esta mañana señalando que, aun cuando en la rutina semanal no se note, y aun cuando pertenezcamos a iglesias en las que el púlpito ha venido a ocupar el lugar central, el impacto de la adoración, y de lo que se hace en la adoración, sobre la vida de la iglesia es enorme y siempre lo ha sido. El problema está en que muchas veces los historiadores y teólogos nos hemos olvidado de ello.

Un ejemplo claro está en los cursos que se ofrecen en seminarios, institutos bíblicos y universidades sobre la formación del canon. Allí se discuten todos los criterios teológicos e históricos que se usaron para poco a poco llegar a determinar el canon de los libros de la Biblia. Pero lo que frecuentemente olvidamos es que al formar el canon lo que se estaba discutiendo no era tanto qué libros tenían autoridad para las discusiones teológicas, sino más bien qué libros debían leerse en el culto—o mejor dicho, qué libros se estaban leyendo, y si alguno de ellos no debería leerse. En el caso del Nuevo Testamento, desde mucho antes que se le

ocurriera a alguien hacer una lista de libros paralela a la de los libros de la Biblia hebrea, ya las iglesias estaban leyendo los evangelios y las epístolas paulinas en el culto. Cuando unas iglesias comparaban listas con otras, lo que estaban comparando eran sus prácticas acerca de los libros que cada iglesia leía en el culto.

Por eso es que los debates teológicos tan frecuentemente han girado en torno a fórmulas litúrgicas—o al menos han cristalizado en torno a tales fórmulas. Los ejemplos abundan.

Cuando en el siglo cuarto se discutió la cuestión del arrianismo y de la Trinidad, es decir, cuando se planteó la cuestión de la eternidad y la plena divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, lo que estaba en juego era si se podía continuar rindiéndoles culto a Jesús y al Espíritu Santo, como la iglesia lo había hecho desde tiempos inmemoriales. Lo que para muchos de nosotros los historiadores parece ser una discusión acerca de especulaciones difíciles y bastante cuestionables, para la inmensa mayoría de los cristianos de entonces era una discusión acerca del culto—acerca de a quién se debía adorar, y cómo.

Frecuentemente los historiadores comentan acerca de cómo Arrío encontró apoyo entre las masas de Alejandría con sus himnos: “Hubo cuando no lo hubo” ... A veces como cosa peyorativa...; pero....

Y, aunque hoy estudiamos la teología de Atanasio en su respuesta al arrianismo, el hecho es que el principal instrumento que la iglesia utilizó para combatir el arrianismo fue el culto. Ese es el propósito del Credo Niceno, en el que a través de los siglos, domingo tras domingo, los cristianos declaran su fe en “un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado, no hecho; consubstancial al Padre”. Luego, lo que desde el principio giró en torno al culto a la postre se decidió y se confirmó—y se sigue confirmando a través de las edades—en el culto.

De la misma época y de los mismos conflictos data el *Gloria Patri*, que tan frecuentemente cantamos en algunas de nuestras iglesias, sin siquiera pensar en lo que quiere decir, y en el trabajo y dolores que costó. (Entre paréntesis, las últimas líneas no dicen, como a veces cantamos, “como eran al principio, son hoy y habrán de ser”, sino “como era al principio es hoy y habrá de ser”. **Explicar. La gloria.**)

Durante los debates de la época, este himno vino a ser señal de ortodoxia. Los que decían que el Hijo y el Espíritu Santo eran Dios... (un **obispo, tos.**)

Lo que sucedió entonces ha sucedido repetidamente. Otro ejemplo: En alguna fecha allá por el siglo IX a alguien en España ... *Filioque*. **Explicar. Ruptura final.**

Los historiadores le llaman a todo esto el principio de *lex orandi!lex credendi*. **Explicar.**

Pero no hay que ir tan lejos. ¿Cuántos de nosotros, cuando nos hemos visto en una crisis o en una situación de apuros o de dudas, hemos acudido a algún himno que hemos cantado repetidamente? Aquellos de ustedes que son pastores, saben que cuando sus feligreses se ven en algún aprieto, la mayoría de las veces acuden a algún himno que se saben de memoria—o a algunas líneas de ese himno—si no, acuden a algún texto bíblico que se han aprendido, no tanto leyéndolo solos en su casa, sino sobre todo en el culto, donde lo han escuchado una y otra vez. Para quienes pertenecen a tradiciones en las que ciertas oraciones se memorizan y se repiten, a veces esas oraciones tienen la misma función. Y, para que los predicadores no nos hagamos ilusiones, son escasísimas las veces en que los creyentes en dificultades se recuerdan de alguno de nuestros sermones y acuden a ellos como fuente de guía y de esperanza. (De paso, ésta es una de las razones por las que la memorización y la repetición en el culto, que estaban tan fuera de moda hace cuarenta años, hoy cobran nueva importancia.)

Y, ya que hablamos de textos bíblicos, lo que muchas veces olvidamos es que la Biblia toda es un libro litúrgico. ¿Cuánto de la Biblia se escribió para ser leído en privado? Ciertamente, la Epístola a Filemón. Quizá las Pastorales. (No quiero decir que no se deba leer en privado, sino...) Lectura de la Biblia en el culto de Israel, y luego en la iglesia cristiana. El servicio de la Palabra y el servicio de la mesa.... (No había Biblias impresas.)

En resumen, que el modo en que la iglesia adora determina y refleja lo que la iglesia cree, y marca la pauta para lo que la iglesia ha de ser. Es por eso que, aunque a las personas que planean y dirigen la adoración les parezca que se le hace poco caso a lo que sucede en el culto, aun hoy uno de los temas más debatidos en la vida de la iglesia es la forma que la adoración ha de tomar. Todos sabemos acerca de los debates entre quienes defienden la llamada adoración tradicional y quienes defienden la llamada adoración contemporánea. Por extraño que parezca, la única cuestión que en la iglesia se debate hoy más que la del culto o la adoración es la sexualidad.

Esto, al tiempo que puede alegrar a los músicos y liturgistas, porque parece que por fin se les está prestando atención, es también señal de la importancia y hasta gravedad del asunto. El modo en que se adore y en que se planee la adoración no es mera cuestión de estética, sino que es un elemento esencial de la vida de la iglesia, tan determinante para su vida y su teología como cualquier declaración pública, y mucho más que cualquier sermón.

Por ello, me parece que al iniciar esta consulta debemos comenzar señalando un punto que frecuentemente se nos olvida, unas veces en el fragor del debate y otras en la comodidad de la rutina.

Ese punto fundamental, pero frecuentemente olvidado, es que la aceptación de nuestro culto es siempre resultado y acción de la gracia divina. No hay culto, no hay música, no hay oración, no

hay sermón que seatan bueno o tan bien hecho que Dios tenga que aceptarlo. De igual modo que somos pecadores cuya vida Dios redime por su gracia, cuando del culto se trata todos somos niños balbuceantes y confusos cuyas tristes palabras y pobre música Dios acepta porque Dios es un Dios de gracia. De igual modo que no podemos ganar el cielo mediante una escalera de buenas obras, tampoco podemos ganar el oído de Dios mediante una escala de bellas notas.

Por su propia naturaleza, la adoración, por muy bella y pulida que sea, tiene siempre una profunda incongruencia. Pensar que nosotros podamos rendirle a Dios un culto tan bello, o tan sincero, o tan espontáneo, o tan tradicional, que sea necesariamente acepto a Dios, es olvidamos de la grandeza del Dios mismo a quien rendimos culto. Todo culto, desde el más rudimentario hasta el más elaborado, resulta ridículamente incongruente si nos hacemos la idea de que con ello estamos ofreciéndole a Dios el culto que merece. De esa situación de incongruencia no nos libran ni los más modulados tonos de una fuga de Bach ni las expresiones más exuberantes y sinceras de los modernos cantos de “alabanza”.

En lo personal, debo confesar que ambas formas de adoración meagradan, y que cada una de ellas tiene un lugar importante en mi vida, por lo que no quisiera tener que escoger entre una y otra. Pero, cuando estoy en un servicio de alabanza, tengo que recordar lo que a veces parece olvidarse, y es que mi gozo se debe a que Dios me ha aceptado, y no viceversa. Dios no nos acepta por nuestro gozo, ni por nuestra sinceridad, ni por nuestra alabanza, sino por su gracia. Lo que es más, todo nuestro gozo y toda nuestra alabanza no son sino un pálido reflejo del gozo

que hay en el cielo porque Dios nos ha aceptado. Y lo mismo es cierto del otro tipo de adoración más tradicional. Mi corazón se hinche de alabanza cuando escucho un oratorio de Handel o un preludio de Bach, o cuando canto uno de los himnos de mi mocedad. Pero con todo y eso, tengo que recordar que hasta la música de Handel y de Bach nos parecerán ridículamente cacofónicas cuando estemos en presencia del trono y en la compañía del coro celestial.

Todo esto no quiere decir que la estética no sea importante, o que la alabanza sincera no sea importante. De igual modo que la justificación por la gracia de Dios no quiere decir que la ética sea innecesaria, así tampoco el hecho de que nuestro culto es aceptable sólo por la gracia de Dios quiere decir que no debemos mejorar nuestro culto. Lo que sí es cierto es que, de igual modo que la justificación por la gracia divina coloca las buenas obras en su justo sitio, así también la aceptación de nuestro culto por la misma gracia coloca nuestras prácticas litúrgicas y de alabanza en su propio sitio. Y ese sitio, que no es tan alto como desearíamos, sí es lo más alto que podamos alcanzar.

Todo esto es cierto, no sólo del estilo de nuestra adoración, sino también de su contenido. Por favor, no me entiendan mal. Estoy convencido de que debemos hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para que nuestro culto sea teológicamente correcto. Como expliqué antes, *lex orandi lex credendi*—la regla de nuestro culto fe es la regla de nuestra fe. Por ello, quienes planean y dirigen nuestro culto, y quienes escriben nuestros himnos o nuestros órdenes de

culto, han de tener especial cuidado en que la adoración de la iglesia exprese adecuadamente la fe de la iglesia; y de que al tiempo que la expresa la nutra.

Todo esto implica que la teología ha de tener bien claro que su tarea no es asegurarse de que el culto sea aceptable ante Dios. Tampoco es tarea de los músicos o de los liturgistas asegurarse de que su música o su culto sean aceptables ante Dios. Eso es asunto de la gracia de Dios. En el culto, al tiempo que celebramos el modo en que Dios en su gracia nos acepta aunque no seamos aceptables, también ofrecemos dones inaceptables, confiando en que la misma gracia que nos aceptó a nosotros también aceptará nuestros pobres dones.

La consecuencia de todo esto es que tenemos que tener mucho cuidado al declarar que la forma de adoración de otro grupo cualquiera no es aceptable. Tampoco lo es la nuestra. (En este punto, quizá convenga recordar la parábola del siervo a quien el rey le perdonó la enorme deuda de diez mil talentos, pero luego ese mismo siervo no se mostró dispuesto a perdonar a otro que le debía la miserable cantidad de cien denarios. Dios acepta nuestro culto por su gracia—por una gracia tan sorprendente que en comparación a ella la diferencia entre nuestras diversas formas de culto son como cien denarios cuando se les compara con diez mil talentos.

Y esto es cierto tanto al nivel estético como al nivel intelectual y afectivo. Debo confesar que me gusta Bach mucho más que el rock and roll, y que se me hace más fácil adorar a Dios con Bach que con rock and roll. Pero con todo y eso, la diferencia entre esas dos clases de música es

mínima cuando se le compara con la música que cantan los ángeles en el cielo. Al nivel afectivo, quienes insisten en que el culto tiene que ser sincero, profundamente sentido, expresivo, emotivo, han de recordar que sus emociones y hasta la sinceridad de su alabanza son aceptables solamente por la gracia soberana de Dios, y que todo nuestra sinceridad, como todas nuestras obras, no nos hacen un ápice más aceptables ante Dios. Y al nivel intelectual, quienes pertenecemos a tradiciones que insisten en que una de las marcas de la iglesia es “que la Palabra se predica justamente, y que justamente se administran los sacramentos” hemos de recordar que en última instancia lo justo de nuestra predicación y de nuestros sacramentos es la misma justicia con que somos justificados, es decir, la justicia de Dios, que es por gracia, y que no se debe ni se sujeta a nuestra ortodoxia doctrinal ni a nuestra perspicacia teológica.

Quizá otro modo de decir todo esto es que el foco de nuestro culto es Dios, y no el culto mismo. Si esto es cierto, entonces cuando estamos tan afianzados en nuestra forma de culto que no podemos aceptar otras, lo más probable es que hayamos perdido el foco de nuestro culto, de tal modo que ahora el foco es el culto mismo, y no Dios.

Empero, una vez dicho todo esto, sí tenemos que ocuparnos del culto, y de hacerlo lo mejor posible. Una vez más, existe un paralelismo entre esto y la cuestión de las buenas obras respecto a la justificación. Una vez que tenemos bien claro que las buenas obras no justifican, hay que hacer “buenas obras dignas de justicia”, es decir, obras que reflejen el hecho de que Dios nos justifica. El hecho de que la justificación sea por gracia no quiere decir que ahora

podamos hacer lo que nos venga en ganas. De igual modo, el hecho de que el culto sea aceptable a Dios por gracia no quiere decir que no tengamos cierta responsabilidad en ofrecerle a Dios el mejor culto que podamos.

En este contexto, yo diría que nuestra principal tarea es que nuestro culto cumpla en la mayor medida posible con los propósitos mismos del culto: (1) alabar a Dios, (2) recordar los grandes hechos de Dios en bien de su pueblo, y sus promesas en bien del mismo pueblo, (3) escuchar su Palabra, (4) confesar nuestro pecado, (5) experimentar el perdón divino, (6) interceder por el resto de la creación, (7) discernir la voluntad de Dios para nosotros, y (8) entregamos a Dios para que esa voluntad se cumpla. **Repito: ...**

Cada uno de estos elementos es importante. Puesto que muchos de ustedes son especialistas en adoración, no voy a tomar el tiempo para definirlos, o para explicar su contenido en detalle. Lo que sí quiero señalar es que con mucha frecuencia nuestros cultos omiten uno de esos elementos, o lo reducen a un grado mínimo. Y, lo que es más importante, que siempre existe el peligro de que, si una forma cualquiera de culto nos gusta demasiado y otra no nos gusta, ello se deba, no a las explicaciones que frecuentemente damos y nos damos, sino más bien a que ese culto tiende a omitir uno de los elementos que acabo de señalar, y que ese elemento no nos guste, o nos cause incomodidad. Y esto a su vez quiere decir que si un culto me gusta mucho debo preguntarme por qué es que me gusta, y sobre todo qué es lo que no hay en él que me causaría incomodidad.

Veamos algunos ejemplos. Hace poco estuve en un culto en el que alabamos a Dios constantemente. Nuestros himnos se alzaban con gran fervor, y con tanto volumen que tal pareciera que si no hacíamos mucho ruido Dios no nos oiría.

Al salir del culto, muy cómodo y contento, me pregunté por qué me había sido tan fácil participar de él, y al repasar lo que habíamos hecho comparándolo con la lista que acabo de dar, me di cuenta de que algo faltaba. Faltaba en primer lugar la oración de confesión. Habíamos alabado a Dios con gran alborozo, dándole gracias por ser tan bueno y amoroso. Pero muy poco o nada habíamos dicho de nuestro pecado. Y mucho menos del pecado que permanece todavía en nosotros aun después de la conversión y después de tantos y tantos cultos. Tal parecería que desde el domingo pasado ninguno de nosotros había pecado, y que todo lo que teníamos que hacer era alabar a Dios por lo bueno que había sido y sigue siendo con nosotros, sin ni una vez decirle, ni decimos a nosotros mismos, cuánto nos faltaba para ser las criaturas que Dios desea.

Pensando sobre esa experiencia, debo confesar que parte de la razón por la que me gustó el culto fue precisamente que no hubo confesión de pecados. El culto me hizo sentir bien. Y no solo sentirme bien, sino sentirme bueno. Y no sólo yo, sino que me alegré de ver a tanta gente buena en derredor mío. Al parecer en esa iglesia no había pecadores, ni celos, ni chismes. ¡Una maravilla! Pero una maravilla falsa. Y luego, pensando en eso, comencé a preguntarme si buena parte del atractivo de algunos de los servicios que se celebran hoy no será que no hay en ellos esa dimensión de confesión de pecados. No sé. Pero creo que vale la pena pensarlo.

Otro ejemplo. En otra iglesia un poco más tradicional, tras cantar algunos himnos—algunos al parecer sin muchas ganas—llegamos al momento de lo que comúnmente se llama la “oración pastoral”. Allí el pastor le pidió a la congregación que mencionara aquellas cosas por las que quería dar gracias, y aquellas otras, motivos de tristeza o de preocupación, por las que quisieran que la congregación orara. Entonces oramos. Oramos por los enfermos en la congregación. Oramos dando gracias por los recién nacidos, y pidiendo consuelo para los afligidos de la congregación. Pero a nadie se le ocurrió dar gracias por la iglesia de otra denominación al cruzar la calle, ni por la iglesia universal. Y a nadie se le ocurrió pedir por los grupos perseguidos en Darfur, o pedir por el Presidente y por la oposición, o por nuestros enemigos, o por la creación en general. Tal pareciera que nosotros, las doscientas o trescientas personas reunidas allí, éramos todo lo que nos importaba; y peor todavía, tal pareciera que pensábamos que el resto del mundo no le importaba a Dios.

En contraste, en medio de aquella oración recordé sus antecedentes en la iglesia antigua, en lo que comúnmente se llamaba “la oración de los fieles”. Esta era, posiblemente junto a la oración que se hacía al consagrar el pan y el vino de la comunión, la oración más importante y extensa de todo el servicio. En dos cosas difería esa oración de nuestra “oración pastoral” de hoy, y de ello surgía una interesante paradoja. Primero, en nuestra “oración pastoral” todos participan, mientras que en la iglesia antigua antes de la oración de los fieles se despedía a quienes no fuesen bautizados. Tales personas participaban de la primera parte del culto, el servicio de la Palabra; pero se les despedía antes de pasar al servicio de la mesa. Y el servicio de la mesa por

lo general empezaba con la oración de los fieles. Luego, ésta era una oración de que sólo los miembros de la iglesia participaban. ¿Por qué? Porque la iglesia se veía a sí misma como el pueblo sacerdotal de Dios, parte de cuya tarea es interceder por el resto de la creación. Pero —y aquí está la segunda diferencia— en contraste con la mayoría de nuestras oraciones pastorales de hoy, en esa oración no se rogaba solamente por los enfermos de la congregación, sino por todos los enfermos; no solamente por esta iglesia, sino por toda la iglesia esparcida sobre la faz de la tierra; no solamente por los amigos, sino hasta por el Emperador que perseguía a los cristianos. Luego, de la acción misma de orar se excluía a quienes no estaban capacitados para tomar la comunión; pero en el contenido de la oración misma se incluía la humanidad y la creación entera. ¿Por qué? Porque aquellos cristianos sabían que, aunque hubiese diferencias de congregación en congregación, y aunque todos no estuviesen de acuerdo en todos los puntos, en el culto de cada congregación particular lo que se elevaba era, no sólo la voz esa congregación, sino la voz de todos los creyentes en todas partes. Es decir, porque el culto tenía lugar siempre teniendo presente la existencia de otros cristianos en otros lugares. Y porque la iglesia antigua recordaba que no era sólo el pueblo redimido por Dios, sino también el pueblo sacerdotal, parte de cuya misión era orar por el resto de la creación.

¿Por qué es entonces que nos sentimos tan cómodos hoy cuando se eleva la oración pastoral? ¿No será en parte porque la oración típica de hoy nos permite desentendernos del resto de la humanidad, y hasta del resto de la iglesia? Muchas veces el pastor y la pastora ven la congregación como *su* congregación, y a los feligreses como *sus* feligreses. Por ello, no le

interesa recordarles que el grupo aquí reunido es sólo una parte de una gran multitud que nadie podría contar, de todo pueblo, tribu, nación y lengua. O quizá hemos atado demasiado nuestra iglesia a nuestros intereses nacionales o políticos, y por eso se nos hace difícil orar por los enemigos de la nación, o por los políticos cuyas actitudes no nos gustan, o por personas que en otros países sufren las acciones de nuestra nación. Sea por lo que sea, de lo que no cabe duda es que la “oración pastoral” de hoy no tiene el alcance de la antigua “oración de los fieles”; y porque tiene menos alcance, se nos hace a la vez más fácil y menos retadora.

Decíamos al principio, y hemos repetido, que *lex credendi lex orandi*—que el modo en que adoramos se vuelve el modo en que creemos. No es menos cierto que *lex credendi est lex vivendi*—que el modo en que creemos se vuelve el modo en que vivimos. Y en esto reside la importancia capital de lo que aquí nos proponemos hacer. No se trata meramente de cuestiones estéticas o de gusto—aunque la estética es importante. Ni se trata siquiera de cuestiones teológicas o de doctrina—aunque la doctrina es importante. Se trata nada menos que de la vida: de la vida de cada creyente, de la vida de la iglesia, y de la vida del mundo.